

**SEGUNDO FORO LATINOAMERICANO:
“ESCENARIOS DE LA VIDA SOCIAL, EL TRABAJO SOCIAL
Y LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL SIGLO XXI”**

La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

28,29, 30 DE AGOSTO DE 2008.

Eje temático: 3. Viejos y nuevos problemas, nuevas y viejas preguntas y concepciones desde donde interrogamos a los problemas sociales.

Nombre y apellido del autor: BRESLER, Alejandro Cristian

Correo electrónico: alejandrobresler@telecentro.com.ar

Pertenencia institucional: CBC-UBA; integrante proyecto de investigación UBACyT (2004-2007, prorrogado hasta mayo de 2008) S057 “La producción de conocimiento en el Trabajo Social”, Director: Dr. Mario Heler.

Abstract: La curiosa separación entre disciplinas técnicas y disciplinas científicas, que asigna a las primeras el rol de instrumentadoras de los conceptos elaborados por las segundas, reposa en la creencia de que existen hechos brutos, libres de toda interpretación. Esta concepción, imperante en gran parte de las prácticas científicas actuales, permite establecer una taxonomía sencilla y primordial que pone a cada quien en su lugar con una mera operación binómica: se es científico (y se producen conceptos, se teoriza, se comprende, se explica, se investiga) o se es técnico (y se interviene, se aplica, se registra, se acata, se sistematiza). Queda establecido, según esta dicotomización del campo, el espacio productor de variables como el hábitat del creador científico; y su mera operacionalización como el territorio inconfundible del asistente técnico. En contra de esta creencia, este trabajo se propone mostrar que el rol meramente técnico interventivo (y por ende incapaz de producir conocimiento) asignado al Trabajo Social es una operación de significación estratégica (y exitosa) en un proceso de lucha por la acumulación de capital simbólico dentro del campo de las Ciencias Sociales, en torno de la definición de lo científico y lo no científico.

Título de la ponencia: “Producción de conocimiento e intervención: Acerca del Trabajo Social como práctica científica”

El filósofo francés Jacques Rancière inicia su libro *El desacuerdo* con una cita de la *Política* de Aristóteles, en la cual lo justo es identificado con lo útil. El concepto de utilidad es, para Aristóteles, desde ya, eminentemente político. Lo útil es lo “socialmente útil”.

Esta mutua implicación de lo útil y lo político (que se sintetiza en lo justo) es, para Rancière, el punto nodal a partir del cual se puede articular la comprensión de los procesos de creación de formas sociales, cuyo signo es la interrupción, entendida como irrupción de lo absolutamente nuevo, que se abre paso postulando verdades que no tienen como correlato falsedad alguna. En otras palabras: lo distintivo de lo político (que separa lo justo de lo judicial, adjudicando a esto último un rol meramente contable de administración de conflictos menores) es su carácter axiomático y subversivo, al punto que la negación de lo creado implica la disolución de lo común.

Lo político es, así entendido, la condición de posibilidad de la vida humana entendida como práctica creadora de formas siempre novedosas, que en su aparición ponen los supuestos que las fundan. El signo de la producción de vida humana es, para Rancière, una suerte de contingencia que se pone a sí misma como el límite de todas las contingencias; o dicho de otro modo: producir vida humana implica negar lo natural como dado, puesto que toda naturaleza es producida por el mismo movimiento creador que habrá de derribarla. Lo político, como *creación de justicia*, es la puesta en acto de una medida compartida. Y esta medida está, a su vez, condicionada por un fin social (puesto que lo justo es lo políticamente útil) que le es indisociable.

Cornelius Castoriadis presentará, en su texto “Antropogena en Esquilo y autocreación del hombre en Sófocles”, una idea asociable con la de Rancière. El gran descubrimiento griego es, para Castoriadis, el carácter autocreador de la existencia política; carácter cuyo subversivo principio orientador es la negación de lo existente en virtud de la aparición de lo común. Mejor expresado: sólo en tanto lo existente es entendido como lo común, existe la posibilidad de la vida política. En este sentido, la política es una práctica creadora en tanto se desenvuelve según una lógica de asignación permanente

de lugares sociales que no pueden, so pena de socavar el principio mismo de la vida humana, universalizarse sin pérdida¹.

En palabras de Rancière:

La justicia como virtud no es el mero equilibrio de los intereses entre los individuos (...) Es la elección de la medida misma según la cual cada parte toma lo que le corresponde (...) La justicia política no es simplemente el orden que mantiene unidas las relaciones medidas entre los individuos y los bienes. Es el orden que determina la distribución de lo común².

Como puede verse, “hacer política” es distribuir posiciones, partir lo Uno y repartir aquello que fue partido según el criterio que funda la distribución. Y como sólo la política crea vida humana, es la vida humana misma la que aparece distribuida, partida y repartida políticamente.

A la vez, esta distribución es producción, tanto de partes como de posiciones. Esto es central: depende del proceso político creador la determinación de lo existente. La parte sólo es concebible en función de su posición; y como esa posición es creada, la parte también lo es. La política, entonces, es la producción de humanos. Pero en tanto hemos dicho que lo político coincide con lo útil, debemos concluir que la política es producción de humanos útiles.

Está claro que, al menos por lo expresado hasta aquí, esta visión de lo político encierra un problema crucial, que es precisamente aquello a lo cual dirige Rancière sus razonamientos: lo político, en tanto criterio universal que crea partes y asigna posiciones, es incapaz de velar por el mantenimiento de esas posiciones, so pena de negarse a sí mismo. Efectivamente, si el carácter de lo político es la contingencia, toda aparición novedosa debe ser concebida en un sentido agonal, combativo y potencialmente destructivo; pero a la vez debe ser incluido como posibilidad. Esto es una paradoja más que problemática. No obstante, es una paradoja aparente, puesto que adquiere su carácter de tal sólo si se quita de lo político su rasgo sustantivo: el desacuerdo.

La política es desacuerdo, lucha. Hay vida política porque en el orden de lo existente irrumpe una diferencia que no puede contarse como parte; y esa irrupción no puede sintetizarse en la totalidad de lo que hay, sino en combate

¹ El desarrollo de la idea de la política como autocreación puede encontrarse en CASTORIADIS, C. (1999) "Antropogénesis en Esquilo y autocreación del hombre en Sófocles". En *Figuras de lo pensable*, Madrid: Frónesis.

² RANCIÈRE, J. (2007). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión (pp. 17-18)

contra la definición misma de las posibilidades de lo que puede contarse como “lo que hay”. La vida política no es otra cosa que ese combate cuya decisión puede crear dispositivos que, impidiendo la emergencia de lo singular, universalicen lo existente, negando lo político mismo. La posibilidad de determinar posiciones será, a partir del establecimiento y estabilización de la medida de lo justo, un ejercicio contable cuya finalidad será conceder o no la existencia a las partes que la reclamen, en función de criterios previamente asignados. Esta determinación de lugares y existencias (lugares son existencias) se identificará con la emergencia de un orden policial, cuya misión no será otra que la clausura de la política, entendida como emergencia de lo nuevo.

Producir, en el marco de este orden policial, será reproducir formas tipificadas. La vida humana será personalidad jurídica.

Puede parecer, lo dicho hasta aquí, un camino un tanto extraño para pensar el problema que nos ocupa: la producción de conocimiento en Trabajo Social. No lo es.

Si recapitulamos, podemos notar que el centro de la propuesta de Rancière lleva casi naturalmente a la pregunta por la producción, entendida como creación de formas nuevas o como reproducción de lo dado. La lógica del planteo hasta aquí esbozado, en tanto es una lógica que supone que todo proceso comunitario es un proceso de producción de formas colectivas, nos permite pensar el conocimiento y su producción como inmerso en el mismo tipo de luchas políticas descritas. En tanto práctica social, la definición de los límites que determinan lo legítimamente existente es, en la ciencia como en cualquier otra actividad humana, el resultado de una lucha. No hay, por ende, una “práctica científica” homogénea sino desde el momento en que se ha producido una partición y una apropiación del concepto mismo de científicidad por parte de un discurso específico, que determina y especifica los alcances y límites que debe tener toda actividad para ser considerada como tal (i.e. como práctica científica), ordenando el juego.

Es intención de este trabajo señalar que si bien es posible pensar en la emergencia de la ciencia moderna inscribiéndola en un proceso de lucha secularizadora contra el orden medieval teocrático, de esa instancia creadora fundante sólo parecen quedar, hoy, restos policiales que, por su carácter de

tales, niegan el movimiento subversivo mismo de la producción, entendida como creación.

Determinar lo que se ha mencionado como “legítimamente existente” no es otra cosa, en el campo científico, que dictaminar qué es ciencia y qué no lo es. Esto es lo mismo que decidir acerca de quién es y quién no es científico, en función de la distancia establecida entre su práctica y la producción de conocimientos legítimos (entendiendo legítimos como “legitimados por la definición dominante del campo”). Mario Heler lo expresa de este modo en su libro *Ciencia incierta*:

La constitución de un campo social, en nuestro caso el científico, supone una producción específica a través de la cooperación, distinguiendo un tipo de juego particular que se desenvuelve por el operar conjunto de sus diferentes miembros (...) La dominación es eficaz en tanto logra que esos procesos productivos se identifiquen con (...) aquellos procesos capaces de acreditarse (...) Como consecuencia, la misma producción cooperativa es hoy comprendida en los términos que la estabilizan en modelos que (...) están al servicio de la permanencia de la dominación³.

La dominación referida en la cita es, en los términos de lo expuesto hasta aquí, la puesta en marcha de dispositivos policiales destinados a vigilar la correcta distribución de las partes del juego científico, según el rol asignado a cada una de ellas. Como la parte sólo existe en función de su posición, la dominación no puede entenderse como un imperativo dirigido a un sujeto libre que se somete voluntariamente a su destino, sino como la producción misma de ese sujeto en tanto incapaz de autodeterminarse por medio de su práctica.

Los dispositivos de dominación son, en este sentido, prácticos y por ende teóricos: disponen de los enunciados de los participantes del juego tanto como de sus cuerpos, en tanto la existencia misma de esos cuerpos es exterior a ellos y concedida. Puede verse, entonces, que todo intento por plantear una alteración en la normal distribución de las posiciones será por su misma pretensión expulsada del conjunto de posibilidades del juego.

Este es, precisamente, el sentido en el cual lo policial clausura lo político y la producción de conocimiento se convierte en un mero juego de reiteraciones.

La clausura, en el caso del Trabajo Social, se opera a partir de la identificación de la práctica disciplinaria con la figura del transportista y el

³ HELER, M. (2004). *Ciencia Incierta. La producción social del conocimiento*, Buenos Aires: Biblos, p. 124.

escribano. Desde su lugar estigmatizado (y estigmatizante) de técnico, el trabajador social sólo da fe de las dos posiciones que lo producen (el discurso científico, por un lado, que lo produce teóricamente ante los “hechos” y los “hechos”, por otro, que lo producen físicamente ante el verdadero científico), acarreando conocimientos ajenos.

Es particularmente relevante, a los efectos de lo que se intenta mostrar aquí, observar que el trabajador social opera, conforme a los espacios que le son asignados desde la definición del campo, en contacto directo con el fantasma de la singularidad. Es, de hecho, quien exorciza la singularidad de quienes son, en el juego, considerados productores legítimos de conocimiento científico, que pueden, merced a la instrumentación de un mediador, expulsar de sí mismos el terror de la contingencia. Dicho de otro modo: la separación entre “ciencia pura” y “tecnología” es una separación práctica y concreta (i.e. política) y *por eso* teórica; si el teórico puede producir conceptos universales y necesarios, esto se debe a que trabaja, sin reconocerlo, apropiándose de las universalizaciones de los técnicos que le llevan el mundo a domicilio, bajo la forma de “hechos”.

Quedan, a partir de esta operación partitiva, definidos los roles y las imposibilidades. El científico teoriza universalmente lo que el trabajador social constata desde su carácter de órgano; el asistido particulariza el discurso universalizado que el trabajador social constata desde su carácter de nervio. El trabajador social da fe de ambas realidades, que operan por fuera de su deseo y su potencia.

La “producción cooperativa” de la que habla Heler encuentra su estabilización precisamente aquí, en tanto define la dirección del discurso. El trabajador social “coopera” con el científico si y sólo si no es él mismo un científico; es decir, coopera con el productor de conocimiento sólo en tanto acepta su pasividad y se deja actuar por él (por el científico) y por el mundo por él construido. Su trabajo será reconocido en tanto no produzca novedad. Será reconocido como miembro de la comunidad científica en función de la cancelación de todo componente político que su práctica pueda producir. De este modo, el trabajador social será doblemente negado, puesto que su actividad será demasiado política como para ser considerada científica y demasiado científica como para ser considerada política. Tanto sus juicios

valorativos como sus juicios epistemológicos serán impugnados de una vez, del mismo modo que una llave no valora ni reconoce sino a través de la mano que la inserta en la cerradura⁴.

El trabajador social es entonces producido como útil en la medida que sirve a los intereses de quien puede determinarlo como instrumento de su universalización. En este sentido, no se trata ya de negar la capacidad del trabajador social para producir conocimientos, sino de obstruir cualquier gesto creador desde el momento mismo en que se lo define como trabajador social. Dicho de otro modo: ser trabajador social equivale a renunciar a la creatividad; es decir: equivale a renunciar a la humanidad, entendida como capacidad de producción de formas nuevas⁵.

No puede ni debe ser, este, un destino fatal. Dice Mario Heler:

Desde el punto de vista de la producción, son los productores del conocimiento quienes deberían ocupar un lugar privilegiado cuando se trata de detectar, especificar y responder a las necesidades de la producción del conocimiento (...) Y sólo cuando logran romper con la subordinación a las tutelas, son creativos⁶.

La renuncia a la creatividad es una renuncia absoluta. No se trata ya de proponer un discurso autónomo desde el terreno de la solicitud y la espera ansiosa por el don gracioso de quien puede determinar los quehaceres y deberes de sus subordinados, sino de actuar la propia humanidad a partir de la producción de novedad como un imperativo ético político. Producir conocimientos no puede concebirse ya como un derecho a conquistar, sino como una obligación a la cual sólo puede renunciarse desde la mala fe. Su negación por parte de quien dispone de los mecanismos disciplinarios pertinentes es, por esto mismo, una ordenanza que pierde su efecto en el momento mismo de la enunciación; una mera disposición jurídica que, dirigida a quien asume su práctica política, ordena lo que no existe y, por ello, se niega

4 Está claro que, aun en el caso del ejemplo, la llave nunca “valora” o “reconoce”. Es, incluso, creencia común que ni siquiera es la mano, sino el cerebro el encargado de semejante empresa. Esto refuerza la metáfora, en tanto pone de relieve la inmensa serie de mediaciones que son necesarias para admitir como “útil” a aquello que aparece en la práctica como un mero instrumento al servicio de un único agente autónomo (Vg. El científico “verdadero”).

5 Todo lo dicho hasta aquí en relación con el “ser actuado” del trabajador social, considerado como un mero agente técnico subordinado a productores de conocimiento legitimados como tales, no obsta declarar que mecanismos similares o complementarios a los mencionados sean ejercidos desde el Estado, entendido como instancia (más que determinante) capaz de legitimar a los legitimadores. Este análisis, que claramente merece atención, excede el alcance de este trabajo.

6 HELER, M. (2004). *Ciencia Incierta. La producción social del conocimiento*, Buenos Aires: Biblos, p. 128.

a sí misma.

BIBLIOGRAFÍA

CASTORIADIS, C. (1999) "Antropogenia en Esquilo y autocreación del hombre en Sófocles". En *Figuras de lo pensable*, Madrid: Frónesis.

HELER, M. (2004). *Ciencia Incierta. La producción social del conocimiento*, Buenos Aires: Biblos.

RANCIÈRE, J. (2007). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.